La parábola de las minas

Parte 2: El Rey vuelve a pedir cuentas

Lucas 19:15-27

Repaso de la primera parte

En la primera parte vimos que los que seguían a Jesús esperaban un reino terrenal que «se manifestaría inmediatamente» (v. 11). Pero el noble, que es Cristo, se fue al «país lejano» para recibir su reino a la diestra del Padre (Daniel 7:13-14), y comenzó a reinar desde el día de Pentecostés (Hechos 2:29-36). Antes de irse dio una mina a cada uno de sus siervos y les dijo: «Negociad entre tanto que vengo» (v. 13). Mientras tanto, sus conciudadanos decían: «No queremos que éste reine sobre nosotros» (v. 14).

Ahora llega el momento que la parábola anunciaba: el Rey vuelve.

Primero los siervos (v. 15)

«Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno» (v. 15).

Fíjese en el orden. Antes de juzgar a sus enemigos, el Rey llama a los suyos para que den cuenta de su mayordomía. Así lo enseña Pedro: «Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?» (1 Pedro 4:17).

El Rey volverá, y todos daremos cuenta de lo que hicimos con lo que nos confió: «De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14:12; 2 Corintios 5:10).

Los siervos fieles (vv. 16-19)

El primero dijo: «Señor, tu mina ha ganado diez minas» (v. 16). El segundo: «Señor, tu mina ha producido cinco minas» (v. 18). Ninguno dijo «yo gané». Los dos dijeron «tu mina». Reconocieron que la ganancia venía de lo que el Señor les había dado. Así habla el siervo fiel: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy… no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Corintios 15:10).

A los dos se les dio la misma mina, pero no ganaron lo mismo. El primero representa al cristiano fiel y diligente de mucha habilidad; el segundo, al cristiano igualmente fiel y diligente, pero de menos habilidad. El Señor premió a cada uno en proporción: diez ciudades al primero, cinco al segundo. Pero a los dos los aprobó.

Fíjese en la diferencia entre lo que trabajaron y lo que recibieron. Una mina, unos meses de salario, se convierte en autoridad sobre ciudades enteras. «Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades» (v. 17). Lo que hacemos aquí es «poco» comparado con lo que el Señor tiene preparado (Lucas 16:10; Romanos 8:18). El premio del siervo fiel es más servicio y más responsabilidad en el reino del Señor.

El siervo del pañuelo (vv. 20-21)

«Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste» (vv. 20-21).

Este siervo no robó ni perdió la mina. Su pecado fue **no hacer nada**. Creía que bastaba con no hacer mal. Pero desobedeció la orden de negociar.

Y en vez de reconocer su falta, culpó a su señor. Lo acusó de aprovecharse de sus siervos, de recibir el beneficio de su trabajo sin tomarlos en cuenta. Pero el trato que el señor acababa de dar a los otros dos siervos (vv. 17, 19) demuestra que esa acusación era falsa. ¿Quién podría, con honestidad, acusar a Cristo de tal cosa?

Este hombre representa a los siervos infieles que echan la culpa de su negligencia a otros. No quieren ser fieles, pero tampoco quieren aceptar que son infieles; siempre buscan justificarse.

En todo tiempo y en todo lugar sobran las excusas. Lucas nos da otros ejemplos. Uno dijo: «Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre»; otro: «Déjame que me despida primero de los que están en mi casa» (Lucas 9:59-62). En la parábola de la gran cena, uno compró una hacienda, otro cinco yuntas de bueyes y otro se casó, y todos se excusaron (Lucas 14:18-20). Ninguna excusa fue aceptada.

Juzgado por su propia boca (vv. 22-26)

«Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo… ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses?» (vv. 22-23).

El señor no acepta que sea severo; está usando las mismas palabras del siervo contra él. Si de verdad pensaba que su señor era exigente, por lo menos debió poner el dinero con los cambistas para que ganara intereses. Su excusa lo condenó en vez de defenderlo.

Lecciones del pañuelo:

- No basta con no hacer mal. El Señor espera fruto (Juan 15:2; Mateo 25:45).
- El miedo mal entendido paraliza. El temor de Dios nos mueve a obedecer, no a escondernos (Hebreos 12:28; 1 Juan 4:18).
- No hacer nada también es pecado: «al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Santiago 4:17). El pecado de no hacer es tan condenable como el de hacer lo malo.
- Echar la culpa a Dios o a otros es tan viejo como el Edén (Génesis 3:12-13).

«Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas» (v. 24). Los presentes se sorprendieron: «Señor, tiene diez minas» (v. 25). Pero tiene sentido. Si usted tuviera

dinero para invertir, ¿a quién se lo daría: al que ya lo multiplicó por diez o al que lo dejó en un pañuelo? «A todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará» (v. 26; Mateo 13:12; Marcos 4:25; Lucas 8:18).

Si no queremos perder lo que tenemos, hay que usarlo bien y seguir creciendo siempre (2 Pedro 1:5-10; 3:18). El que usa lo que Dios le da recibe más. El que no lo usa, lo pierde.

Los tres siervos recibieron lo mismo: una mina cada uno. La diferencia estuvo en lo que hicieron con ella:

Siervo	Ganó	Cómo habló	Resultado
Primero	10 minas	«Tu mina ha ganado»	Autoridad sobre 10 ciudades
Segundo	5 minas	«Tu mina ha producido»	Autoridad sobre 5 ciudades
Tercero	Nada	«Tuve miedo de ti… eres hombre severo»	Perdió la mina

El juicio de los enemigos (v. 27)

«Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí» (v. 27). No es un asesinato. Es la sentencia justa del Rey contra los que se rebelaron contra él. El Rey que fue rechazado vuelve con poder para juzgar.

Esto se cumplió primero en la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 d. C., que Jesús anunció varias veces (Lucas 21:20-24; Mateo 23:37-38). Lo que

sigue en Lucas lo confirma. Jesús sube a Jerusalén (v. 28). La multitud lo aclama: «¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!» (v. 38). Pero al ver la ciudad, llora sobre ella y anuncia que sus enemigos la rodearán y no dejarán piedra sobre piedra, «por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación» (vv. 41-44).

Pero la destrucción de Jerusalén era solo un **tipo**, una figura, del juicio final. Ese día el Señor Jesús se manifestará «en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio» (2 Tesalonicenses 1:7-9).

El castigo del v. 27 suena severo, pero no se compara con el castigo del infierno, del que Jesús y los apóstoles hablaron tantas veces: «Temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10:28), donde «el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Marcos 9:43-48).

Zaqueo y las minas

Zaqueo muestra cómo responde a Jesús un hombre salvado. La parábola muestra lo que el Señor espera de todos sus siervos mientras está ausente. Lucas los puso juntos a propósito.

En la casa de Zaqueo (Lucas 19:1-10)	En la parábola (Lucas 19:11-27)
«Hoy ha venido la salvación a esta casa» (v. 9)	La gente cree que el reino llegará «inmediatamente» (v. 11)
Zaqueo pone a trabajar sus bienes ese mismo día (v. 8)	«Negociad entre tanto que vengo» (v. 13)

En la casa de Zaqueo (Lucas 19:1-10)	En la parábola (Lucas 19:11-27)
«Todos murmuraban» contra Jesús (v. 7)	«No queremos que éste reine sobre nosotros» (v. 14)
«Vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (v. 10)	El Rey vuelve para pedir cuentas y juzgar (vv. 15, 27)

Zaqueo, un siervo que no escondió nada. Apenas recibió a Jesús, dijo: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (v. 8). La ley pedía devolver cuatro veces en caso de robo (Éxodo 22:1). Zaqueo no esperó a que llegara un reino glorioso para servir. Empezó ese mismo día. Es todo lo contrario del siervo del pañuelo.

Primero la gracia, después las cuentas. En Jericó vemos la primera venida del Señor: buscar y salvar. En la parábola vemos lo que sigue: su partida, su reinado y su regreso para pedir cuentas. Hoy es el tiempo de la gracia y del trabajo; mañana será el tiempo de rendir cuentas (2 Corintios 6:2).

Lecciones para nosotros hoy

1. **El juicio comienza por la casa de Dios.** Los primeros en dar cuentas serán los siervos (1 Pedro 4:17).
2. **La ganancia es del Señor.** Digamos como los siervos fieles: «tu mina ha ganado». La gloria es de Dios.
3. **No basta con no hacer mal.** El siervo del pañuelo no hizo nada malo con la mina, pero tampoco hizo nada bueno, y fue condenado.

4. **No hay excusa para el pañuelo.** El miedo, la pereza o culpar a otros no nos librarán el día de las cuentas.
5. **Úsela o piérdala.** El que usa lo que Dios le da recibe más; el que no lo usa, lo pierde.
6. **Lo poco de hoy es grande mañana.** La fidelidad en lo poco será recompensada mucho más allá de lo que imaginamos.
7. **El Rey rechazado será el Juez.** El que hoy dice «no quiero que él reine sobre mí» enfrentará al Rey como juez.

Conclusión

El mismo Jesús que entró en casa de Zaqueo para salvarlo es el Rey que volverá a pedir cuentas. Zaqueo nos muestra que nunca es tarde para recibirlo con gozo y poner todo lo que tenemos a su servicio.

La pregunta es para cada uno de nosotros: ¿qué estoy haciendo con mi mina? ¿La estoy negociando, o la tengo guardada en un pañuelo?

Si usted todavía no ha obedecido al evangelio, hoy puede venir la salvación a su casa, como a la de Zaqueo. Crea en Cristo, arrepiéntase, confiéselo y sea bautizado para el perdón de sus pecados (Marcos 16:16; Hechos 2:38; Romanos 10:9-10). Y si ya es su siervo, trabaje con fidelidad hasta que él venga, para oír aquellas palabras: «Está bien, buen siervo» (Lucas 19:17).